

COMENTARIO DE LA LECCIÓN

I Trimestre de 2009

“El don profético en las Escrituras y en la historia adventista”

Lección 8

(14 al 21 de Febrero de 2009)

La autoridad de los profetas

Dr. Daniel O. Plenc

I. Dios habla

Un texto fundamental sobre la fuente de la autoridad profética es Hebreos 1:1-2. “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo y por quien asimismo hizo el universo” (Reina-Valera 1995). Esta es una declaración magnífica y rica en significados. En el texto original la palabra “Dios” está al final: “Muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo Dios habló”. “Dios habló”. Ese es un pensamiento solemne e importante para cada ser humano. Dice cosas importantes acerca de Dios, de su deseo de comunicarse con sus hijos y de la necesidad humana de orientación y redención.

El texto mismo de Hebreos sugiere tres ideas básicas: a) Invita a pensar en un Dios que habla, b) un Dios que habla especialmente por los profetas y, c) un Dios que habló a través de Jesucristo.

Dios habló a los hombres desde la antigüedad. En el período patriarcal habló a hombres como Abraham. Decía el patriarca a su criado al recordar la providencia divina: “Jehová, Dios de los cielos, que me tomó de la casa de mi padre y de la tierra de mi parentela, y que me habló [...]” (Génesis 24:7). La Biblia da cuenta de ocho oportunidades en las que Dios habló a Abraham: 1) Cuando lo llamó a salir de Ur (Hechos 7:2-4), 2) cuando lo instó a continuar el camino desde Harán a Canaán (Génesis 12:2-3), 3) luego de su separación de Lot (Génesis 13:14-17), 4) al prometerle protección y recompensa (Génesis 15:1-6), 5) a sus 99 años (Génesis 17:1-4), 6) a la entrada de su tienda (Génesis 18:1-15), 7) cuando la promesa del hijo se cumplió (Génesis 21:12) y 8) cuando le pidió la entrega de su hijo en sacrificio (Génesis 22:1-18). Abraham no fue un súper hombre, ni un ser humano libre de defectos; pero habiendo aprendido a escuchar la voz del Señor llegó a ser conocido como el padre de la fe y el amigo de Dios. Es todavía admirado por las grandes religiones monoteístas del mundo.

Dios habló en tiempos del Éxodo, especialmente a Moisés (Éxodo 6:13, 28; 31:1). Son célebres las entrevistas personales de Moisés con Dios a lo largo de la peregrinación hacia la tierra prometida. “Cuando Moisés entraba en el Tabernáculo, la columna de nube descendía y se ponía a la puerta del Tabernáculo, y Jehová hablaba con Moisés” (Éxodo 33:9). “Jehová hablaba con Moisés cara a cara, como habla cualquiera con su compañero” (Éxodo 33:11). “Cuando entraba Moisés en el Tabernáculo de reu-

nión para hablar con Dios, oía la voz que le hablaba de encima del propiciatorio que estaba sobre el Arca del testimonio de entre los dos querubines. Así hablaba con él" (Números 7:89).

Los registros del Pentateuco señalan que Dios no sólo hablaba con Moisés, sino con todo Israel. El prólogo al Decálogo (literalmente "las diez palabras" o "los diez mandamientos") dice: "Habló Dios todas estas palabras" (Éxodo 20:1). Si hubiera real conciencia de que Dios habló las palabras que siguen en Éxodo 20, tal vez serían objeto de menos discusión. Pasados los 40 años del peregrinaje de Israel, Moisés recuerda al pueblo los portentosos eventos del Sinaí. "Cara a cara habló Jehová con vosotros en el monte, de en medio del fuego" (Deuteronomio 5:4). Cabe destacar que el diálogo "cara a cara" ya no se limita a Moisés sino que se extendió a todo el pueblo reunido. La reflexión de Israel en esa oportunidad sigue siendo valiosa. "Jehová, nuestro Dios, nos ha mostrado su gloria y su grandeza, y hemos oído su voz, que sale de en medio del fuego. Hoy hemos visto que Jehová habla al hombre, y este aún vive" (Deuteronomio 5:24). ¡Dios habla al hombre! ¡Cuánto expresa acerca del carácter de Dios!

Eso es precisamente lo que Hebreos está tratando de decir, que Dios ha estado hablando a los hombres de variadas maneras y en múltiples oportunidades.

II. Dios habla por medio de los profetas

Dios siguió hablando durante la época de los jueces y de los reyes. En un tiempo de apostasía y desorientación las visiones se volvieron escasas porque el cielo parecía no encontrar instrumentos adecuados de comunicación. Pero en el santuario de los días de Elí, el Señor escogió al joven Samuel como su vocero.

El hermoso relato de 1 Samuel 3:1-10 es conmovedor e ilustrativo. "El joven Samuel servía a Jehová en presencia de Elí; en aquellos días escaseaba la palabra de Jehová y no eran frecuentes las visiones. Un día estaba Elí acostado en su aposento, cuando sus ojos comenzaban a oscurecerse de modo que no podía ver. Samuel estaba durmiendo en el templo de Jehová, donde se encontraba el Arca de Dios; y antes que la lámpara de Dios fuera apagada, Jehová llamó a Samuel. Este respondió: 'Heme aquí'. Y corriendo luego adonde estaba Elí, dijo: 'Heme aquí, ¿para qué me llamaste?' Yo no he llamado; vuelve y acuéstate'; respondió Elí. Él se fue y se acostó. Jehová volvió a llamar a Samuel. Se levantó Samuel, vino adonde estaba Elí y le dijo: '-Heme aquí; ¿para qué me has llamado? -Hijo mío, yo no he llamado; vuelve y acuéstate' le respondió Elí. Samuel no había conocido aún a Jehová, ni la palabra de Jehová le había sido revelada. Jehová, pues, llamó por tercera vez a Samuel. Y él se levantó, vino ante Elí, y le dijo: '-Heme aquí; ¿para qué me has llamado? Entonces entendió Elí que Jehová llamaba al joven, y le dijo: '-Ve y acuéstate; y se te llama, di: '-Habla, Jehová, que tu siervo escucha'. Así se fue Samuel y se acostó en su lugar. Vino Jehová, se paró y llamó como las otras veces: '-¡Samuel, Samuel! Entonces Samuel dijo: '-Habla, que tu siervo escucha'".

Varias cosas llaman la atención en este relato. Lo primero es que Dios tiene su propio criterio para elegir a sus mensajeros. Pasa por alto a muchos, y elige a instrumentos pensados para otros. En este caso elige a un jovencito para encargarle inicialmente un mensaje de reprensión a la propia casa del sacerdote Elí. Puede verse que el mismo sacerdote, indulgente y permisivo, supo dar a Samuel un consejo oportuno, la de escuchar, como un siervo, la palabra que Dios quisiera revelar. Impacta la forma

personal como Dios se comunica con Samuel para encargarle el ministerio profético. Los resultados fueron extraordinarios: “Samuel crecía y Jehová estaba con él; y no dejó sin cumplir ninguna de sus palabras. Todo Israel, desde Dan hasta Beerseba, supo que Samuel era fiel profeta de Jehová” (1 Samuel 3:19-20).

Así Dios habló con insistencia en los tiempos difíciles que siguieron. En la época de apostasía de los reyes de Israel y Judá se mencionan por nombre no menos de 30 profetas. Dios habló a Elías (2 Reyes 1:17; 9:36), como a tantos otros. De muchos de ellos no se registran ni siquiera sus nombres.

Dios habló muchas veces, poco a poco, en la medida en que los hombres estuvieran dispuestos a escuchar sus palabras. Las formas y los instrumentos variaban, pero el iniciador de la comunicación seguía siendo el mismo ser divino. Cuando es Dios quien habla, las palabras de los profetas siempre se cumplen (Deuteronomio 18:22).

Otro mensajero del Señor da su testimonio. En este caso David no se presenta como rey, poeta o músico sino como portavoz del gran Dios de Israel. “Estas son las palabras postreras de David. Dijo David hijo de Isaí, aquel varón que fue levantado en alto, el ungido del Dios de Jacob, el dulce cantor de Israel: ‘El espíritu de Jehová habla por mí, su palabra está en mi lengua. El Dios de Israel ha hablado, me habló la Roca de Israel [...]’” (2 Samuel 23:1-3).

Son reveladoras las palabras de Amós: “Porque no hará nada Jehová, el Señor, sin revelar su secreto a sus siervos los profetas. Si el león ruge, ¿quién no temerá? Si habla Jehová, el Señor, ¿Quién no profetizará?” (3:7-8). Si Dios no revelara sus secretos a los profetas, los hombres no sabrían casi nada acerca de él. Pero el Señor habla, y cuando lo hace, los profetas comparten sus profecías.

Dios habló con amor a su pueblo en el pasado y ellos rehusaron oírle. “Jehová, el Dios de sus padres, les envió constantemente avisos por medio de sus mensajeros, porque él tenía misericordia de su pueblo y de su morada. Pero ellos se mofaban de los mensajeros de Dios, y menospreciaban sus palabras, burlándose de sus profetas, hasta que subió la ira de Jehová contra su pueblo, y no hubo ya remedio” (2 Crónicas 36:15-16). Siempre habrá soluciones y esperanzas mientras los hombres estén dispuestos a escuchar. Pero los hombres hallan más fácil rechazar al mensajero que escuchar su mensaje. Es más sencillo reírse del portavoz que analizar la vida a la luz de las palabras del Señor. Sin embargo, el destino depende de eso, de la disposición a oír y actuar en consecuencia.

La idea es clara en la Escritura al decir que cuando habla un profeta Dios es quien lo hace. Él es la fuente de su autoridad. Una de las expresiones bíblicas más reiteradas es: “Vino Palabra de Dios/Jehová”. La repitieron hombres como Balaam (Números 23:16), Gad (2 Samuel 24:11), Salomón (1 Reyes 6:11; 1 Crónicas 22:8), Semeías (1 Reyes 12:22; 2 Crónicas 11:2), un profeta (1 Reyes 13:20), Jehú (1 Reyes 16:1), Elías (1 Reyes 17:2; 21:17), Isaías (2 Reyes 20:4; Isaías 38:4), Natán (1 Crónicas 17:3), Jeremías (Jeremías 1:11, 13; 2:1; 13:3, 8; 24:4; 26:1; 27:1; 28:12; 29:30; 32:1, 8, 26; 33:19, 23; 34:1, 8, 12; 35:12; 36:1; 37:6; 42:7; 46:1), Ezequiel (Ezequiel 1:3), Oseas (Oseas 1:1), Joel (Joel 1:1), Jonás (Jonás 1:1; 3:1), Hageo (Hageo 1:1, 3; 2:1, 10, 20), Zacarías (Zacarías 1:1, 7; 6:9; 7:1) y Juan el bautista (Lucas 3:2).

Como afirma el Nuevo Testamento, Dios “habló por boca de sus santos profetas que fueron desde el principio” (Lucas 1:70; Hechos 3:21). Y los profetas hablaron en nombre del Señor (Santiago 5:10). Es lo que Hebreos está diciendo: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas” (1:1).

El pueblo remanente del tiempo del fin no ha sido dejado sin la orientación que el don de profecía provee. En realidad vive en un tiempo de privilegios sin precedentes en cuanto al acceso a las Escrituras y a la abundante instrucción por medio de la mensajera del Señor, Elena G. de White. A lo largo de sus 70 años de ministerio (1844-1915) escribió unas 100.000 páginas, 25 millones de palabras. En realidad los favorecidos por Dios no fueron Abraham ni Moisés, sino el pueblo remanente. Abraham obedeció la voz de Dios que le indicaba sacrificar a su hijo, cuando no había Escritura que hablara de la resurrección. Moisés debía conducir a Israel hacia Canaán, desarrollar la identidad de ese pueblo y colocar delante de ellos una misión divina, pero no contaba con una Palabra escrita. El mismo fue el autor de los primeros documentos canónicos.

Elena G. de White ha escrito sobre este tiempo de abundancia de luz e instrucción. “En los tiempos antiguos Dios habló a los hombres por la boca de los profetas y apóstoles. En estos días les habla por los Testimonios de su Espíritu. Nunca hubo un tiempo en que Dios instruyera a su pueblo más fervientemente de lo que lo instruye ahora acerca de su voluntad y de la conducta que quiere que siga” (*Joyas de los testimonios*, tomo 2, p. 276). Asegura también que esa luz ha sido descuidada en buena medida. “Dios ha hablado. De su Palabra y de los testimonios, la luz ha brillado, y ambos han sido menospreciados y desatendidos. El resultado se ve claro en la falta entre nosotros de pureza, dedicación y fe fervorosa” (*Testimonios para la iglesia*, tomo 5, pp. 201-202).

III. Dios habla por medio de Cristo

Lo siguiente que Hebreos dice es que Dios se ha revelado en forma suprema en Jesucristo. Su autor establece un contraste entre la revelación divina por medio de los profetas y la revelación divina mediante su “hijo”.

Como Juan también escribió en su Evangelio: “El que recibe su testimonio, ese atestigua que Dios es veraz, porque aquel a quien Dios envió, las palabras de Dios habla, pues Dios no da el Espíritu por medida” (Juan 3:33-34). Cristo fue el enviado de Dios a los hombres, para hablar a los hombres las palabras de Dios.

En los escritos de Juan, tanto las Escrituras como Cristo son “la palabra (*logos*) de Dios”. Hay en esto un paralelismo, ya que tanto la Biblia como Cristo poseen una naturaleza divino-humana. Por medio de la revelación los pensamientos divinos se transforman en los pensamientos de sus mensajeros. En los profetas, Dios habla a los hombres por medio de los hombres escogidos y dotados de inspiración. En Jesucristo, Dios se hizo hombre y habló a los hombres desde su misma realidad. El autor de Hebreos ha dado su mensaje inicial. Ha mostrado que Dios es un Dios que habla, que habla por medio de los profetas y que ha hablado por medio de Jesucristo. También señala la necesidad de escuchar: “Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos” (Hebreos 2:1-3).

Una honesta disposición a escuchar la voz de Dios puede hacer una gran diferencia en la vida, en las familias y en la iglesia.

IV. Profetas orales y literarios; canónicos y no canónicos

Dios es la fuente de la inspiración y de la autoridad de los profetas, sean estos orales o literarios, canónicos o no canónicos. El Antiguo Testamento menciona siete u ocho profetas literarios que no forman parte del canon bíblico: Jaser (Josué 10:13; 2 Samuel 1:18), Natán y Gad (1 Crónicas 21:9; 9:29; 2 Crónicas 9:29; 29:25), Ahías (2 Crónicas 9:29; 1 Reyes 11:29; 14:7), Semaías (2 Crónicas 12:15), Iddo (2 Crónicas 9:29; 12:15; 13:22), Jehú (1 Reyes 16:1, 7; 2 Crónicas 19:2; 20:34), Elías (2 Crónicas 21:12). No se da una explicación, aunque es probable que su exclusión responda a la naturaleza local de su mensaje y a la pertenencia de su testimonio para su tiempo.

Los antecedentes bíblicos contradicen cualquier intento de distinguir grados de inspiración o de autoridad entre los profetas. Las Escrituras no diferencian a los profetas orales de los literarios, o a los profetas canónicos de los no canónicos. No se habla de mayor o menor inspiración o autoridad. Elena G. de White no creía en grados de inspiración. Cuando el pastor George I. Butler, entonces presidente de la Asociación General, publicó en 1884 diez artículos sosteniendo la idea de grados de inspiración, la señora White respondió: "Se me mostró que el Señor no inspiró los artículos sobre la inspiración publicados en la *Review* ni aprobó su presentación ante nuestros jóvenes del colegio" (*Mensajes selectos*, tomo 1, p. 26). Natán y Gad eran profetas literarios no canónicos que aconsejaron y reprendieron a David (2 Samuel 12:1-14; 1 Crónicas 21:1-7). El rey reconoció que eran profetas de Dios y no rechazó su autoridad.

Elena G. de White actuó como un profeta literario, no canónico. Dijo que sus escritos eran la "luz menor" y que la Biblia era la "luz mayor". Sus escritos tienen la función de dirigir la atención a la Biblia, ayudar a comprender la Biblia y aplicar los principios bíblicos a la vida (véase el capítulo "Naturaleza e influencia de los testimonios"; *Joyas de los testimonios*, tomo 2, pp. 270-293). Es decir que, en cuanto a inspiración, todos los profetas (incluyendo a Elena G. de White) son iguales. Difieren en función y alcance. Los escritos de la señora White cumplen su propósito en relación con las Escrituras, sin añadirse a ellas o reemplazarlas. La Biblia está completa y constituye la fuente de todas las creencias y prácticas de la iglesia.

Conclusión

La autoridad de los profetas descansa en el hecho de que Dios habló por su intermedio. Estos asumieron la difícil tarea de transmitir las palabras de Dios. Y es con ese convencimiento que el pueblo de Dios debe prestar atención a sus palabras proféticas. Su esperanza de éxito eterno depende de ello.

Dr. Daniel Oscar Plenc
Director
Centro de Investigación White (CIW)
Universidad Adventista del Plata

